

como el pérfido Judas, la sangre de Jesucristo?

En fin, ¿hemos llevado nuestro desarreglo hasta el exceso de hacernos idólatras de las riquezas, y de rendirles un culto que no es debido sino á Dios, sacrificándolas nuestros trabajos, nuestra vida, nuestra alma, nuestra salud, como si ellas solas pudiesen hacernos dichosas?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! ¡cuán deplorable es ver que la avaricia reine tan frecuentemente entre los eclesiásticos, que no pueden ignorar que Vos la detestais como un manantial corrompido de mil funestos y abominables efectos! Darnos para ella todo el horror que merezca, á fin de que no nos sobrevenga á causa de ella la desgracia que á Judas, que le hizo caer en el olvido de su Creador, de este olvido en la traicion de su Maestro, de esta traicion en una muerte espantosa, y de esta muerte en lo más profundo de los infiernos. *Exemplum omnibus avaris propositum est, ut qui ejusdem criminis reus fuerit, ejusdem supplicii in die judicii sententia feriatur.*

DE LA CASTIDAD.

PRIMER EXÁMEN.

Del amor y estimacion que debemos tener á esta virtud.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á la santísima Trinidad comunicando una castidad del todo extraordinaria á la santísima Virgen, y queriendo por ella hacer participantes de esta virtud á todos los cristianos y particularmente á los sacerdotes. ¡Oh! ¡cuán dichosos somos de ser llamados á la sociedad de esta gracia, y mil veces más felices si correspondemos con fidelidad á una vocacion tan admirable!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es nuestra estimacion y nuestro amor por la castidad.

¿La hemos nosotros mirado como una virtud toda divina, que hace que aquel que la conserva se asemeje á un Angel, y que aquel que la pierde se convierta en un demonio? *Qui castitatem servavit Angelus est; qui perdidit, diabolus.*

¿Hemos estado persuadidos de la obligacion en que se encuentran los eclesiásticos de sobresalir en esta virtud, que hace su

propio y principal ornamento: *Proprium ac precipuum clericorum ornamentum*. (Concil. Burdig.; *S. Clem.* lib. 4 *Strom.*); y sin la cual ellos no merecen llevar el nombre de sacerdotes? *Soli qui puram agunt vitam, vere sunt Dei sacerdotes*.

¿Estamos convencidos de que la santidad de nuestras funciones demanda una castidad que no sea comun, y que acercarnos á Dios, querer tratar con El sin llevar esta virtud, es exponerse á terribles castigos?

¿Observamos con gozo, segun la Escritura y los Santos, que la pureza tiene tantos atractivos que ella sola arrebatara el corazon de Dios, que llena de gracias y de favores á las almas puras, y que á ella reserva sus tiernas caricias y sus comunicaciones más íntimas?

¿Amamos el sagrado precepto del celibato, que nos es impuesto por la Iglesia? ¿Lo hemos aceptado de buena voluntad, y nos hemos sometido á él con gozo, estando contentos de vernos por la necesidad de nuestra condicion separados del estado contrario, que, por muy santos que fuésemos en él, nos obligaria á llevar partido nuestro corazon? *Qui cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi et divisus est*. (I Cor. c. VII, 33).

¿Miramos el voto de continencia de las Ordenes sagradas como una hermosa obli-

gacion de hacer un divorcio eterno con la carne?

¿Hemos reconocido esta gracia de Dios y hemos atestiguado la estima que de ella hacemos, renovando este voto de tiempo en tiempo, sobre todo el dia del aniversario de nuestra ordenacion y todas las veces que somos tentados contra la pureza?

En fin, ¿tenemos por la castidad todo el amor y toda la estimacion que demanda una virtud que, segun el testimonio del Espíritu Santo mismo, nada hay en el mundo que pueda igualar su precio? *Omnis ponderatio non est digna animæ continentis*. (Eccli. xxvi, 20).

TERCER PUNTO.

Virgen santa, que teneis y tuvisteis siempre tanta estimacion y tanto amor por la castidad, que no aceptásteis la cualidad de Madre de Dios sino despues de haber estado segura de conservar siempre vuestra virginidad; obtenednos alguna parte en esa gracia, para que, como Vos, tengamos la dicha de servir á un Señor que, siendo infinitamente santo y la santidad misma, no quiere sino servidores extremadamente puros. *Qui nullo carnis contagio contaminati, plena mentis et corporis castitate præfulgeant*. (Pont. Bibl. Apost.).

SEGUNDO EXÁMEN.

Del cuidado que debemos tener en conservar la castidad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor dándonos aquel aviso saludable de velar cuidadosamente sobre nosotros, y dándonoslo tantas veces y de una manera que nos hace conocer su importancia: *Vigilate, iterum dico vobis, vigilate*. Si este aviso es siempre oportuno, lo es extremadamente cuando se trata de conservar la castidad. Nada hay en el mundo más precioso que esta virtud; pero nada tampoco más fácil que perderla, ni nada más difícil de reparar cuando una vez ha sido perdida. Y por lo mismo nada nos obliga más á tenernos en guardia sobre este objeto. Procuremos, por respeto al divino Esposo de las almas castas, atraer sobre nosotros esta vigilancia.

SEGUNDO PUNTO.

Un alma que tiene el cuidado que debe para conservar la castidad la mira como un cristal de espejo bien pulido, pero que el menor soplo puede empañar; como una bella flor, pero tan delicada que nada basta para marchitarla; como un cristal precioso, de gran hermosura, pero muy frágil.

Ella tiene un extremo horror á todas las faltas que ofenden esta virtud, y las evita todas con igual fidelidad, porque la menor de ellas le parece de la más grande consecuencia.

Ella está tan lejos de cometerlas, que no puede hacer ni sufrir ni sombra ni apariencia de alguna impureza.

Evita con cuidado todas las ocasiones, por lejanas que puedan presentarse, sabiendo bien que la pasión que corrompe esta virtud es muy sutil y se insinúa en el corazón con la mayor facilidad.

El conocimiento que ella tiene de su flaqueza y de la malignidad de la carne, la mantiene en una desconfianza continua de sí misma, y sea cual fuere la experiencia de su fidelidad pasada, ella insiste siempre en su cuidadosa guarda, y no se cree jamás en seguridad para lo de adelante.

Neque in præterita castitate confidas.
(S. Hier. ep. ad. Nept.).

Ella vela por esto particularmente sobre sus sentidos, y no olvida nada para impedir que ellos se extravíen; porque sabe que concediéndoles absoluta libertad no hace sino nutrir la concupiscencia y corromper la castidad.

Ella evita con un cuidado extraordinario las relaciones tiernas y sensibles con las personas del otro sexo, por santas y espirituales que puedan ser, ni se encuentra si-

no raramente con ellas, y jamás á solas, si no lo exige la necesidad, y cuando la tenga de demorarse, sea lo menos posible, en el temor de perderse allí, como así ha sucedido á tantos hombres grandes.

Amor spiritualis generat affectuosum, affectuosus obsequiosum, obsequiosus familiarem, familiaris carnalem. (S. August.).

Ella trabaja sin cesar en purgar su imaginacion de las ideas y representaciones peligrosas, su espíritu de pensamientos deshonestos, su corazon de afecciones carnales, y toda su alma de la inclinacion ingrata que el pecado le dejó para el deleite.

En fin, á todo lo que se aproxima á la impureza le tiene horror, y lo evita con tanto cuidado como la impureza misma.

Examinemos por todas estas señales si nosotros hemos tenido un gran cuidado de conservar las castidad.

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues vuestros Santos miran la castidad como un precioso tesoro que llevamos, segun el Apóstol, en vasos frágiles, ellos nos hacen conocer el grande cuidado que debemos tomar para conservarla. *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* (II Cor. IV).

De Vos es, oh Dios mio, de quien espero esta gracia, porque Vos solo sois quien me la puede dar. *Quoniam aliter non possum esse continens, nisi Deus det.* (Sap. VIII, 21).

TERCER EXÁMEN.

De algunos medios particulares para conservar la virtud de la castidad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo bajo la bella cualidad de amador de la castidad, que le da la Iglesia: *Jesu, amator castitatis.* El es quien descendiendo del cielo ha traído esta virtud á la tierra, quien ha hecho conocer sus bellezas, y que por la gracia que derrama en nuestras almas estimula á los fieles á tomar la resolucion de abrazarla, y les da los medios de conservarla toda la vida. *Seminator casti consilii.* (In Offic. S. Cæcil.). Unámonos á todas las almas castas que El ha formado sobre la tierra y en el cielo para tributarle nuestros homenajes.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en servirnos de los medios que los Santos nos dan para conservar la castidad.

1. ¿Hemos tenido esa humildad profunda que ellos llaman la guardiana de la castidad? *Per humilitatis custodiam servanda est munditia castitatis.* ¿No es la elevada opinion que tenemos de nosotros mismos, que ha atraído la cólera de Dios so-

bre nosotros y merecido que nos deje precipitar en la impureza, la cual es, según el Apóstol, el castigo ordinario del orgullo? *Evanuerunt in cogitationibus suis... propterea tradidit illos Deus in passiones ignominie, etc.* (Rom. 1).

Audeo dicere, superbo expedit cadere. (S. Aug. *Serm. 57 in Matth.; Ad Rom. 1*).

2. ¿Hemos evitado todos los excesos en la comida y la bebida; hemos guardado las reglas que la templanza prescribe, puesto que cuando la carne está muy bien satisfecha arrastra al espíritu á la rebelion, atrayéndola al vicio con ella? *Impinguitus, incrassatus, dilatatus, recalcitravit.* (Deut. xxxii).

Abundantia ciborum fomenter vitiorum. (S. Isid. *Hisp.*).

Damna gula carnis luxuria. (S. Bonav.).

Ubi saturitas, ibi libido dominatur. (S. Hier.).

Con esta mira ¿hemos huido de los escogidos manjares y de los festines, que son los más grandes enemigos de la castidad, pues que en medio de la abundancia y delicadeza de las viandas, es muy difícil que ella se conserve? *Difficile inter epulas servatur castitas, dapibus et epulis inimica.* (S. Ephr. *de Cast.*).

3. ¿Hemos amado el trabajo y huido la ociosidad, sin lo cual una alma se hace bien pronto laxa y afeminada, y no queda

por largo tiempo en estado de resistir á las tentaciones de impureza? *Luxuria cito decipit hominem otiosum.* (S. Bern. *De modo bene vivendi*).

4. ¿Hemos sido fieles á la oracion, que, atrayendo el socorro del cielo y llenando el espíritu de buenos pensamientos y el corazon de santas aficiones, hace que la inclinacion de impureza no encuentre facilidad de entrar en una alma, y que la castidad se asegure en ella? *Pudicitie presidium atque tutamen est oratio.* (Greg. Nyss. *De orat.* 1).

5. ¿Hemos hecho nuestras delicias de la soledad, que es el asilo de la castidad, donde Jesucristo llama á las almas puras, y hemos tenido una grande aversion á los espectáculos, las asambleas y los divertimientos del mundo, que son capaces de corromper á las personas más santas? *Inter tantas illecebras voluptatum, etiam ferreas mentes libido domat.* (S. Hier. *Epist.* 43).

6. ¿Hemos abrazado con valor los ayunos, los cilicios, las mortificaciones, de que los Santos se han servido contra los ataques del espíritu inmundo, el cual se aplica á tentar con fuerza á los que tratan delicadamente su carne, y se aleja de los que viven en la austeridad y en la penitencia? *Pertimescit Satanas piorum vigiliis, jejunia, voluntariam paupertatem.* (In vita S. Ant.).

7. ¿Hemos tenido una devoción especial á la santísima Virgen, que siendo purísima, inmaculada y vírgen por excelencia, desea tomar un cuidado particular de aquellos que se ponen bajo su protección? *Hanc enim pulcherrimam, pretiosissimam, et incorruptibilem possessionem patrocinio suo conservat.*

En fin, ¿hemos frecuentado el sacramento de la Penitencia, y sobre todo el de la santa Eucaristía, que los Santos miran como un soberano remedio contra la impureza, y que dicen ser ese trigo de los elegidos y ese vino que forma los vírgenes? *Frumentum electorum, et vinum germinans virgines.* (Zach. IX).

TERCER PUNTO.

Dios mio, en vano sería servirnos de los medios que los Santos nos dan para ser castos, si no tenemos vuestro amor, que hace todo el precio y todo el mérito de la castidad. *Sine charitate, nec pretium habet castitas nec meritum.* (S. Bern. Ep. XLII). Abrasad, pues, os ruego, nuestros corazones de este fuego divino; esta es la gracia que todos os demandamos con la santa Iglesia: *Ure igne sancti spiritus renes nostros et cor nostrum, Domine; ut tibi casto corpore serviamus, et mundo corde placeamus.* (Orat. Eccl.).

DE LA PACIENCIA.

PRIMER EXÁMEN.

De la paciencia en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor proponiéndonse El mismo sobre el Calvario por modelo de paciencia: *Inspice et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est.* (Exod. xxv, 40). El allí sufre los dolores más violentos que hubo jamás, y los sufre en una paz y con un gozo que arrebatan al cielo y á la tierra. *Patientia sua ita passus est, ut doceret patientiam nostram.* (S. Aug. serm. 9 de verb. Apost.). ¿Qué deberes y qué homenajes no debemos rendir á este amable Salvador en este estado?

SEGUNDO PUNTO.

Los que son dotados de una verdadera paciencia sufren en paz y sin turbación todas las aflicciones que se presentan.

Ellos saben muy bien moderar la tristeza y todas las otras pasiones que se elevan naturalmente á las primeras apariencias del mal de modo que sea cualquiera la emoción que sienten en el interior de sí mismas, jamás se turba el corazón.